

Llegadas y asentamientos



Aidarsarán y Zahel tardaron un período de tiempo considerable en llegar hasta Shimdaren. El joven humano había tenido tiempo de sobra para acostumbrarse al fondo del océano en todos sus viajes, pero aun así seguía sorprendiéndose con la geografía tan particular de aquellos lugares, donde había desde profundas e insondables cañadas en las que no se veía luz alguna, hasta montañas que parecían mucho más altas que las que había visto en tierra firme... Y eso, por no hablar de los centenares de extrañas criaturas con las que se cruzaban fugazmente y que a él le parecía que jamás podrían ser descritas con palabras.

Nadaron casi siempre a pocas brazas de la superficie, allí donde la luz del Sol todavía era visible y los peces bastante reconocibles, a pesar de que durante toda su travesía no encontraron rastros de ningún reino submarino. En las extrañas y elevadas latitudes por las que discurrían las frías aguas del Mar Azul del Norte no había rastro de rénulos, úxalos, tritones, o ni siquiera morenas, por no hablar de las sirenas mismas. Daba la impresión de que aquel mundo estaba poblado únicamente por peces que nadaban juntos en grandes y aislados bancos, y que a veces rodeaban a aquellos dos visitantes tan extraños y les miraban con curiosidad, porque sin duda eran algo desconocido para ellos.

Sin embargo, Zahel tenía un sentido de la orientación mucho más afinado de lo que Aidarsarán hubiera podido imaginar en un principio, y por eso no tuvieron demasiados problemas a la hora de tomar una dirección que les llevase hasta la ciudad de las Sirenas del Norte, algo que seguramente el humano no habría podido hacer de forma tan rápida ni tan precisa. Aun así, tardaron en llegar bastantes más mareas de las que al Hijo de la Tierra Incontable le hubiese gustado, porque en esos momentos

las cosas habían cambiado y era él quien parecía sentir una mayor inquietud que su compañero.

Zahel se había decidido a acompañar a Aidarsarán en su viaje por un motivo bastante fácil de explicar, y era que, después de edades enteras creyendo que ya conocía todo lo que tenía que conocer de la Tierra Incontable, una criatura le había enseñado que todavía le faltaba algo esencial: aprender a sentir. Fue ella la que le descubrió que el sentir es algo que puede ser aprendido, aunque en ese aprendizaje funcionen mejor los hechos que las palabras. Y por eso, todos aquellos días y noches pasados sobre el tronco del árbol al borde del camino los había ocupado en sentir, en aprender a sentir todo cuanto le rodeaba, unir su respiración a la del resto del mundo y hacerse uno con él mediante la música...

Y fue así como se dio cuenta de que hacía ya demasiado tiempo que no moría.

Al principio fue una certeza dolorosa, pero ni siquiera alguien tan experimentado como él pudo esquivarla. Sabía de sobra que estaba en su naturaleza el morir para volver a nacer después, porque su muerte, igual que las de las demás criaturas y siempre que sucediese de la forma correcta, era una especie de profunda purificación, una forma de librarse de todo lo innecesario que había acumulado en sí mismo... Y hacía ya tanto tiempo de su última muerte que no lo recordaba.

Y ese era tal vez el motivo más poderoso por el que seguía con tanta intensidad los acontecimientos de aquella guerra. Sabía que podía morir en ella, y tal vez por eso la deseaba tanto como la temía... porque aunque no quería reconocerlo demasiado, sentía miedo. Miedo a lo desconocido, a la sensación de morir para volver a nacer de nuevo sin recuerdos y sin sensaciones fiables, en un lugar lejos de todo lo que había conocido hasta entonces... porque ya había pasado antes por esa experiencia, y por eso seguía evitando enfrentarse al problema. Sabía de sobra que debía morir de nuevo aunque tuviese miedo, y por eso precisamente buscaba la muerte como una solución necesaria... pero había sido a bordo del *Veneno*, mientras Larsack mascullaba su ridícula e inútil magia, cuando se había dado cuenta de que aquel asunto era mucho más serio de lo que pensaba en un prin-

cipio. Eran demasiadas las vidas que estaban en juego, vidas de criaturas que, aunque volviesen de otro modo, no tenían ni de lejos las mismas oportunidades que tenía él, y por eso, lo quisiera o no, iba a tener que implicarse en aquel asunto mucho más de lo que le hubiese gustado. Sacudiendo la cabeza con fuerza, intentaba quitarse aquellas preocupaciones de la mente igual que si fuesen trozos de algas, pero nunca lo conseguía del todo.

Intuyeron Shimdaren mucho antes de haber llegado hasta ella, porque el resplandor verde que irradiaba la ciudad destacaba como un faro en aquellas profundidades en las que ya no penetraba la luz del Sol. Porque Shimdaren, la ciudad que constituía el poderoso Reino de las Sirenas del Norte, estaba enteramente tallada en una gigantesca esmeralda, un único cristal facetado que sus habitantes habían sabido convertir en una fortaleza verde de elevadas torres y afilados pináculos que resplandecía desde su mismo interior con una luz viviente, una luz que latía con una lenta y regular suavidad, como si aquella piedra fuese un inmenso corazón de las profundidades del océano...

Y fue aquella luz la que les guio por las últimas etapas de su viaje. Nadaron sobre extensos desiertos de afilada roca entre cuyas tinieblas apenas se distinguían grandes aristas rotas, como si toda aquella parte de la Tierra Incontable hubiese sido desgarrada y vuelta a plegar de nuevo, sacando a la superficie lo que antes había estado oculto en las profundidades de *Nayrda*. Y entre aquellas mismas aristas de piedra, pero mucho más cerca de la ciudad, llegaban a distinguirse unos cuantos navíos hundidos que parecían hechos por manos humanas, desde grandes galeones a pequeños barcos de pesca, y embarcaciones con formas que Aidarsarán nunca antes había visto. Él ya había pasado por allí anteriormente, y ya en aquel entonces se había imaginado que lo que estaba contemplando eran los restos de la batalla que quiso acabar con la existencia de las sirenas... pero no había podido preguntarlo en aquel entonces, y observando la expresión de desagrado que Zahel mostraba en su cara tampoco se atrevió a preguntarlo en ese momento. Por su parte, el Hijo de la Tierra Incontable pronunció con voz casi inaudible una única palabra.

— Locos...

Pero el humano no pudo seguir pensando en aquello, porque algo le llamó la atención de manera muy poderosa incluso desde aquella distancia, y era que Shimdaren estaba acuartelada. Pudieron divisar perfectamente cómo las altas murallas iban siendo recorridas por sirenas macho que llevaban sus características dagas curvas y afiladas, casi tan largas como sus colas y sujetas al brazo derecho, además de cotas de malla que les protegían el pecho y cascos de batalla en sus cabezas. En los huecos de las torres más altas brillaban filamentos metálicos que apuntaban en todas direcciones, dejando adivinar complejos ingenios de guerra listos para ser utilizados, y además, no había ninguna sirena que se encontrara en el exterior de aquellos muros que no tenían puerta alguna porque simplemente no la necesitaban...

Aunque a pesar de todo eso, Shimdaren seguía siendo tan hermosa como Aidarsarán la recordaba.

Toda la ciudad, tallada únicamente en la parte superior de la piedra, resultaba imponente con aquellas pulidas paredes que medían más de veinte veces la altura de un humano, y las torres y las casas rectas y perfectamente facetadas... y sobre todo, el palacio de la reina, cuyos balcones se asomaban a la gran plaza elíptica en la que ahora se disponían distintas armas y compañías de sirenas en perfecta formación. Era evidente que estaban preparándose para algo grande, porque a pesar de que las Sirenas del Norte eran las más guerreras y belicosas que Aidarsarán conocía, todos aquellos preparativos eran demasiado complejos como para ser unas simples maniobras.

— Vaya, ni que estuviésemos en guerra. — A pesar de la ironía que quiso poner en sus palabras, Zahel no pudo dejar de sentir preocupación a medida que se acercaban y distinguían mejor los detalles.

— No esperaba que lo supiesen aún, pero parece que las noticias vuelan, incluso en el fondo del océano.

— La Reina de las Sirenas del Norte tiene buenos informadores, por lo que parece... así que espero que tengas un buen plan, o yo que tú me protegería bien el cuello.

— Bueno, ya me lo cortó una vez.

Zahel tuvo que aguantarse las ganas de preguntarle tanto a qué se refería como qué era lo que tenía pensado contarles a aquellas criaturas que estaban bien protegidas y ni de lejos eran tan comprensivas como sus hermanas del oeste, porque en ese instante vieron cómo un grupo de diez sirenas se aproximaban nadando hacia ellos, fuertemente armadas pero sin aparentes muestras de hostilidad, después de todo. A la cabeza del grupo iba una hermosa hembra de ondulante cabellera pelirroja que llevaba cubierta toda su piel desde el cuello hasta las escamas con una curiosa malla metálica que parecía hecha de tela, y llevaba sus manos enfundadas en una especie de guantes de cristal formados por esmeraldas trabajadas en aristas muy afiladas. Y no portaba más armas que aquellas, pero eran un motivo suficiente como para no intentar acercarse a ella, aunque Aidarsarán, para sorpresa de Zahel, abrió los brazos en gesto amistoso y se dio impulso hacia donde estaba, saludándola con efusividad.

— ¡Aleshat, amiga mía! ¡Cuánto tiempo desde...!

— Hola, Aidarsarán. — Ella estiró el puño frente a él mostrando claramente su arma e indicándole así que se detuviera, y mirando directamente a Zahel le habló con un tono glacial a pesar de que sus ojos eran amables —. A ti no te conozco, pero veo que no eres humano. Quiero saber quién eres, y qué es lo que os trae a los dos hasta la ciudad de Shimdaren.

— Mi nombre es Zahel, capitana... y solo soy un viajero. Mi amigo, al que parece que ya conocéis, también es viajero... Y los dos estamos viajando, porque nos gusta viajar.

— Estamos en guerra, idiota. — La sirena le dirigió una mirada furiosa, que él recogió con una sonrisa socarrona —. Supongo que al menos estaréis enterados de eso.

— Sí, Aleshat, lo sabemos, y es una de las razones por las que venimos. — Calmadamente, el joven humano cerró los brazos sin dejar de sonreír —. Tengo un mensaje urgente que transmitirle a la reina, así que ambos te rogamos que nos conduzcas ante ella.

— Os llevaremos hasta la plaza sin armas y con los brazos atados, y la reina os recibirá delante de su ejército. Estas son las condiciones: ¿las aceptáis? — y ante su afilada mirada que no se

apartó de ellos en ningún momento, los dos asintieron con la cabeza —. Vuestras armas.

Zahel se dejó registrar con docilidad sin que se le encontrase ni siquiera un cuchillo, pero Aleshat le pidió que le entregase su flauta y él se la tendió sin perder la sonrisa. Por su parte, Aidarsarán entregó la espada envainada que llevaba sujeta a la espalda y un manejable puñal de plata. Inmediatamente después, dos de las sirenas del grupo les ataron los brazos a la espalda con unas firmes correas aunque con bastante holgura, y colocándoles las puntas de sus dagas junto al cuello, comenzaron a nadar lentamente hacia el interior de la ciudad.

Nadie pronunció ni una sola palabra durante el corto trayecto, a pesar de que Aidarsarán se moría de ganas de saber cómo estaba su amiga Aleshat, qué novedades había y por qué se mostraban tan recelosos incluso con ellos, pero era evidente que no iban a saber nada al menos hasta que estuviesen frente a la reina, porque a pesar de que estaban siendo tratados como prisioneros, el humano sabía demasiado bien que si aún estaban vivos era gracias a la amistad mostrada en otros tiempos, y que eso les daba tanto a él como a su compañero la oportunidad de ofrecer una explicación... pero nada más.

En el centro de la gran plaza elíptica, rodeada de un auténtico ejército de sirenas en perfecta formación, les esperaba la Reina de las Sirenas del Norte. En su cabeza llevaba puesto el casco de esmeraldas que Aidarsarán ya le había visto utilizar en otra ocasión, y una cota hecha de delgadas láminas cristalinas de color verde que también le cubría toda la piel desde el cuello hasta las escamas, que como todas las de sus súbditos, relucían en un elegante verde de un tono más brillante. En sus manos portaba los mismos guantes de aristas afiladas que llevaba la capitana Aleshat, y por supuesto, no sonreía, aunque el tono de su voz resultó mucho más suave y agradable de lo que Zahel había esperado.

—Hola, Aidarsarán. Hola, Zahel. No puedo daros la bienvenida a Shimdaren, pero me alegro de veros.

—También yo me alegro de veros de nuevo, *shanaham*. —El humano inclinó la cabeza con respeto—. Lamento las circunstancias, y lamento la guerra.

— También yo, pero en estos tiempos extraños, toda precaución es poca. ¿Podéis decirme a qué habéis venido hasta nuestro reino?

— Precisamente, la intención era informaros de la guerra... pero por lo visto, no necesitáis informe alguno.

— Si tuviese que esperar a que tú me trajeses las noticias, Zahel, haría ya demasiado tiempo que mi reino habría desaparecido.

— ¿Podemos preguntaros qué es lo que sabéis exactamente, *shannaham*? — Aidarsarán habló de nuevo, sin hacer caso de las palabras de su compañero.

— Tengo informaciones contradictorias, pero por si acaso, defendiendo mi ciudad ante lo que pueda pasar. Tú sabes de sobra lo poco que nos fiamos aquí de los humanos.

— Tengo que darte la razón, por desgracia. — Él dejó escapar un ligero suspiro acuático—. Precisamente, a lo que veníamos era a avisarte de que los humanos planean atacar Shimdaren.

— Y viendo cómo está la ciudad, creo que podría decirse que ya lo sabías.

— Lo que no sé, puedo intuirlo, Zahel.

— Pues esa no es una intuición fácil, precisamente. Por lo que nosotros hemos oído, esa Reina que los humanos tienen ahora y el ejército que ha formado saben bien a lo que se enfrentan, y sus intenciones son de lo más serio... aunque lo que no puedo imaginar de ninguna de las maneras es cómo demonios pretenden atacar la ciudad, y sobre todo, cómo han sabido de vuestra existencia.

— Tampoco está de más añadir que ninguno de nosotros se lo hemos contado.

— No dudaba de eso, Zahel... porque, además, yo sí sé quién se lo ha contado.

— ¿¡Lo sabes!?! — El humano se sorprendió tanto que forcejeó involuntariamente con sus ataduras—. ¿Me estás diciendo que tienes espías aquí?

— No. Por desgracia, lo que tengo son prisioneros. — De un coletazo se situó detrás de ellos y con las aristas de sus guantes cortó limpiamente las ligaduras de ambas muñecas—. Podéis devolverles sus armas, capitana. Habéis cumplido vuestras órdenes de forma celosa y correcta, y no esperaba menos de vosotros, pero estas personas están de nuestro lado.

—Yo jamás he pensado que no lo estuviesen, *shanaham*. — Aleshat sonrió entonces, dirigiéndole un movimiento de cabeza a Aidarsarán.

—¡Sirenas de Shimdaren, redoblad la vigilancia y aseguraos de que todos los relevos se hagan con el cuidado necesario! ¡Pase lo que pase, no nos cogerán con la guardia baja! — Un impresionante y único golpe de cada una de las largas dagas en cada uno de los pechos de las sirenas resonó por toda la ciudad—. Podéis volver a vuestros puestos, capitana. Y vosotros dos, seguidme: tenemos cosas de las que hablar.

Mientras Aleshat y el resto de su grupo de sirenas se retiraban de nuevo a las murallas, Aidarsarán y Zahel nadaron junto a la reina hasta el balcón de su palacio que se asomaba a la plaza. Era una abertura enorme que destacaba en la imponente fachada esmeralda como si fuese la boca abierta de un gigantesco monstruo, y por ella penetraron hasta la gran estancia ovalada en la que ambos ya habían estado antes, aunque había sido por separado y hacía ya mucho de eso.

La reina dejó sus guantes en el extremo de una larga mesa esmeralda, y con un gesto invitó a los recién llegados a tomar asiento sobre una cómoda alfombra de anémonas. A pesar de estar aún vestidos, los dos agradecieron la comodidad de los seres vivos bajo sus cuerpos, aunque el humano estaba mucho más pendiente de aquellas extraordinarias armas que la reina se acababa de quitar, y no podía evitar mirarlas fijamente.

—Te cortarías, humano. —Ya con una sonrisa en su rostro, la sirena se reclinó junto a ellos sobre la alfombra—. Están muy afilados, y son tan difíciles de manejar como de hacer. Y te invitaría a que los probases, pero están hechos a la medida de quien los lleva.

—Agradezco el ofrecimiento, de verdad... pero no estamos aquí para eso.

—No, por desgracia para todos nosotros. —Ella se quitó el yelmo, dejando flotar libremente su oscura cabellera de reflejos verdosos—. Y tampoco puedo deciros que os acomodéis, porque no sabemos a lo que debemos atenernos... a menos que vosotros podáis aclararlo, desde luego.

— Me da la impresión de que ninguno de nosotros sabe bien todo lo que saben los demás, *shanaham*. Pero, a riesgo de parecer descortés por mi parte, os pediría que hablaseis vos primero.

— Ya no hay necesidad de protocolo, Aidarsarán. — La sirena le cogió la mano entre las suyas, con un gesto amistoso que él secundó—. No sabes cuánto me alegro de verte otra vez, de verdad. Y lo mismo te digo a ti, Hijo de la Tierra Incontable, a pesar de que las circunstancias no sean precisamente las más agradables.

La reina les contó entonces la historia de dos sirenas de Shimdaren que habían sido capturadas por los humanos cuando se encontraban lejos de la ciudad, humanos que respiraban con Anillos de Nacimiento y que se las llevaron en un barco, según les contaron los peces. La Criatura Marina había sentido sus gritos de auxilio, pero no había podido hacer nada por ellos ni siquiera después de que los hiciesen prisioneros, ya que el asunto era tan grave como para que Marina del Mar investigase todo lo posible y se moviese a través de ríos y de lagos, pero desde entonces había informado a la Reina de las Sirenas del Norte personalmente una sola vez... y después de eso, todavía no había vuelto de sus viajes. Por eso las sirenas de Shimdaren sabían que los humanos estaban en pie de guerra, y aunque les parecía algo ridículo, desde el principio tuvieron que considerarlo como importante debido a la captura de aquellas dos sirenas.

Y por todo ello, la reina no se sorprendió al conocer las noticias que le traían los viajeros y las intenciones de los humanos de la superficie, pero sí se enfureció.

— ¡Malditas sean sus cabezas! ¡Si esos carroñeros con patas quieren nuestras esmeraldas, juro por todos los océanos que yo misma se las clavaré en el corazón!

— Ese no es el asunto, *shanaham*. No conozco personalmente a la Reina de los humanos, pero si de verdad están pensando en atacar Shimdaren, no creo que lo hagan sin tener un plan muy bien trazado y minucioso, además de...

— ¡Basta! — Los verdes ojos de la reina relampaguearon con furia—. ¿Crees que no he combatido nunca, humano? ¿Crees que no he combatido nunca contra tu asquerosa raza?

—Tú y yo hemos combatido codo con codo contra mi asquerosa raza, por si no lo recuerdas. —El joven, a pesar de todo, le sostuvo la mirada—. Pero vuelvo a decirte que ese no es el asunto. No dudo de tus capacidades, ni tampoco de tu ejército. Lo único que estoy diciendo es que toda precaución es poca, y que hay demasiadas cosas que no me gustan.

—Debo decir que a mí tampoco. —La voz de Zahel casi le sobresaltó, porque había permanecido callado casi todo el tiempo—. Los humanos son humanos, desde luego... pero si de verdad han conseguido aprender magia, entonces va a ser difícil contenerlos.

—¿¡Magia!? —La reina dio un coletazo, elevándose una braza—. ¿¡Y cuándo han sido capaces esos estúpidos de utilizar los sígilos para algo más que curar terneros o encontrar vetas de agua dulce!? ¡Zahel, por los dioses, tienes demasiada imaginación! Magia... ¡Qué tontería! Además, ¿de qué iba a servirles eso? ¡Nosotros estamos en nuestro medio, en nuestra ciudad! ¿Crees que mis murallas son simples pilas de cristales? ¿Y crees acaso que no sabemos defendernos? ¡No pueden hacer nada contra nosotros, malditos sean, ni con magia ni sin ella!

—Vos sois la reina, *shanaham*.

Las palabras de Aidarsarán cayeron como un mazazo en el interior de la estancia, y se hizo un silencio tan profundo que incluso pareció que el agua se había detenido. Los tres se quedaron totalmente callados, mirándose a los ojos los unos a los otros: los de la reina, lejos de mostrar un enfado directamente relacionado con sus dos invitados, parecían arder con un odio que era mucho más ancestral que todo aquello, mientras que en los del humano latía una perpetua sombra de preocupación que revelaba sus más profundas inquietudes... y solo los de Zahel permanecían impenetrables, contemplando el océano más allá de la balaustrada que cerraba el balcón. Permanecieron un buen rato sumidos cada uno en sus propios pensamientos, hasta que finalmente la sirena sacudió la cabeza con gesto de impotencia y volvió a reclinarse sobre las suaves anémonas, sujetándose la cabeza entre las manos.

—Escuchadme bien. No soy idiota, y entiendo perfectamente que todo esto es demasiado complicado como para estar de-

jando tantos cabos sueltos. Sabéis que confío en vosotros, tanto o más incluso que en mí misma, así que he tomado una decisión que me gustaría que aceptaseis: os ofrezco dirigir mi ejército, a los dos, con rango de generales.

— *Shanaham*, con todo el respeto que os debo tener y que os tengo, creo que hablo en nombre de los dos cuando digo que ni yo ni mi compañero hemos venido hasta aquí para hacer carrera militar.

— Sigues siendo el mismo tonto de siempre, humano. — Ella le dirigió una mirada cargada de dulzura, acompañada de una sonrisa sincera—. Aidarsarán, no creo que necesites que te lo diga con palabras: sabes de sobra que confío en vosotros... y sobre todo, confío en ti. Y por eso quiero contar con vuestra ayuda. No estoy dándoos una orden, os estoy pidiendo un favor, precisamente porque he luchado antes contigo codo con codo, humano. Te estoy pidiendo que ayudes a mi ejército, y te estoy pidiendo que lo ayudes como general o como soldado raso, me da igual... pero lo que te estoy pidiendo es que luches a nuestro lado, y también que nos enseñes lo que sabes. Y todo eso será mucho más fácil si tienes el rango adecuado, créeme.

— Tampoco vine para luchar. — Dejó escapar un ligero suspiro acuático, mientras se pasaba la mano por el pelo—. Maldita sea... Quiero saber tu opinión, Zahel.

— Mi opinión es que deberías aceptar, amigo. — El *Nayl* pronunció las palabras categóricamente y con una sonrisa, aunque sin desviar la vista del lejano horizonte submarino—. Nadie mejor que tú para ocupar un cargo como ese.

— Por lo que parece, el cargo nos incumbe a los dos.

— Oh, yo te ayudaría, claro. ¿Quién si no iba a enseñarles a mover la cola con gracia?

Sin hacer caso de la broma, el joven humano se levantó y se alejó pensativo hacia el balcón, dando unos cuantos pasos acuáticos. Aquella ciudad había sido una de las razones de su viaje en sí misma, pero en cuanto se había enterado de que el objetivo principal de los humanos era el de atacar Shimdaren, ya sabía de sobra que no iba a limitarse a llegar hasta allí para dar el aviso. Él valoraba su amistad con las sirenas muchísimo más que el hecho de pertenecer a una determinada raza o a

un grupo concreto de individuos, y a pesar de que no se había permitido pensar en ello, tenía muy claro que, si había que pelear, iba a estar de su lado. No sentía ningún deseo de tener que volver a matar: había visto ya tanta sangre... pero por supuesto, tampoco podía darse la vuelta y fingir que no pasaba nada. Y además, otra de las cosas que sabía bien de sobra era que la petición de la reina era todo un honor, y un honor sincero, de esos que merece la pena aceptar. Así que, aunque le pesase, no podía hacer otra cosa.

— Está bien. Acepto.

— Me alegro sinceramente, amigo — Zahel también se levantó del suelo, y acercándose hasta él, le palmeó el hombro —, porque no tenemos tiempo que perder. Si de verdad tenemos que enseñarles alguna cosa a todas estas colas de pez, hay que empezar ya. ¿Vas a anunciarlo ahora, *shannaham*?

Mientras Aidarsarán y la Reina de las Sirenas del Norte intercambiaban una mirada de ironía ante el comentario que también estaba cargada de complicidad, los pensamientos de Zahel continuaron dando vueltas en el interior de su cabeza. Conservó aquella mirada imperturbable mientras asistía al breve discurso que la reina dio desde el balcón hacia todos los ciudadanos de Shimdaren, dejando que ella le levantase la mano con docilidad y que le presentase como uno de los dos salvadores de las sirenas... y mientras tanto, no dejó de pensar en qué sería lo que podía haber pasado hacía tiempo con aquel humano en aquel lugar para que la sirena tomase una decisión tan insólita como hacerle general de su propio ejército.



A Andrio le dolía la cabeza y todo le daba vueltas, pero por lo menos comenzaba a sentir que estaba consciente... y eso era todo un alivio, porque en ese momento empezaba a darse cuenta de que había permanecido sumido en un oscuro pozo durante mucho, muchísimo tiempo. Intentó incorporarse, pero la familiar voz de Alemnon y el calor de su mano sobre el pecho le dijeron que no lo hiciera.

—Tranquilo, corazón. Tienes la cabeza dura, pero no tanto. ¿Puedes oírme?

—Sí... —su voz sonó como un débil quejido—, pero todo me da vueltas...

—Ahora no te preocupes, y descansa.

—¿Dónde...? ¿Dónde estamos? ¿Dónde están los demás?

—Eh, eh, he dicho que quieto... Todos estamos bien, no te preocupes. Y en cuanto a lo de dónde estamos, pues la verdad es que no lo sé, pero supongo que hemos llegado adonde queríamos.

—Pero...

—Cálmate, de verdad. Voy a llamar a Zaleha, me dijo que quería verte en cuanto pudieses hablar. No te levantes, ¿de acuerdo? Enseguida vuelvo.

Andrío pudo oír cómo Alemnon se levantaba de su lado pero no se alejaba mucho, y después reconoció uno de sus largos silbidos de marino. Poco a poco, su vista se fue aclarando y pudo darse cuenta de que estaba en una especie de cueva, aunque al cabo de un instante Alemnon estaba de nuevo junto a él, y Zaleha no tardó en llegar. La muchacha le tocó la mejilla suavemente, sonriendo.

—Has dormido dos noches seguidas, capitán. Empezabas a preocuparme.

—¿Dónde... estamos?

—En las Tierras del Oeste, supongo. Espera, espera, apóyate en nosotros... Y ten, bebe un poco de agua, está deliciosa.

Era cierto, por supuesto, aunque seguramente cualquier agua fresca le hubiese parecido una delicia comparada con la que había a bordo del *Silencio* después de casi dos lunas de travesía. Bebió con muchas ganas, sintiendo cómo el líquido también ayudaba a que su cabeza se aclarase cada vez más. Vio que efectivamente estaba tendido en el suelo de una cueva natural, una especie de agujero de granito de buen tamaño en el que había arena y algas secas. Tembloroso, se tocó la cabeza y descubrió que le habían puesto una especie de venda que le rodeaba el pelo y le sujetaba un paño empapado en algo que tenía un olor penetrante. También se dio cuenta de que le dolía la espalda y de que se sentía bastante hambriento, pero lo que más le acuciaba

era la curiosidad que sentía por saber qué había pasado, así que les pidió a sus compañeros fue que le ayudasen a levantarse y a asomarse a la entrada de la cueva.

Lo primero que le sorprendió fue el hecho de encontrarse en un lugar tan alto, ya que el agujero por el que se asomaban estaba unas cuantas decenas de pies por encima de la arena de una delgada y pequeña cala en la que se veía trabajando a todos y cada uno de los tripulantes del *Silencio*, incluido un feliz Lirond que trotaba encantado mientras ayudaba a los demás. Aquella playa estaba cerrada en sus extremos por dos altas y firmes paredes de granito, en una de las cuales se abría la cueva desde la que ahora se asomaban, que parecían haber sido separadas por el tajo de una gigantesca espada, aunque los dos riachuelos que desembocaban en los extremos explicaban perfectamente la formación de la suave arena en mitad de aquel interminable acantilado que parecía formar toda la línea de costa. Andrio iba a preguntar dónde estaba el barco, pero entonces descubrió la pequeña isla casi plana que había frente a la playa, erizada de rocas y en la que podía verse todo lo que quedaba del *Silencio*: el pequeño galeón se había partido por la mitad, los mástiles estaban arrancados, y la proa se había hecho añicos contra los escollos.

— ¿De verdad... estamos todos bien?

— Tiene gracia que lo preguntes tú, cariño, porque, aunque parezca increíble, has sido tú el que se ha llevado la peor parte.

— Alemnon le estrechó contra su cuerpo con suavidad —. Nos estrellamos contra esa isla, pero Zaleha consiguió llevarnos a todos hasta la playa y ponernos a salvo.

— ¿Y Shilenya? ¿Y Lirond?

— Shilenya está todo lo bien que puede estar. Ahora mismo está descansando en otra de estas chimeneas de granito. — Zaleha señaló un lugar indeterminado con su cabeza —. Y a Lirond, ya le ves, más contento que nunca. Después de todo, no sería un buen caballo si no supiese nadar bien.

— Es... Es increíble... Gracias a los dioses...

— Tal vez ellos tengan algo que ver, después de todo... aunque es una pena lo que le ha pasado a tu barco. De todas formas,

no me negarás que este sitio es un lugar tan bueno como cualquier otro para establecerse.

Y realmente, lo era. Los dos pequeños arroyos que habían ayudado a formar la playa suministraban agua en abundancia, y también había lugares lo suficientemente resguardados como para albergar a todo un poblado, ya que la arena terminaba en una frondosa selva llena de altos árboles y de la que salían todo tipo de ruidos y susurros que hacían pensar en caza abundante. Andrio, apoyándose en sus dos compañeros de travesía, emitió un suspiro de satisfacción.

— Bien, parece que hemos llegado.

Fue entonces cuando Aylea, que estaba agachada recogiendo moluscos entre la arena, levantó la cabeza y les distinguió entre la roca, y en ese momento todos los tripulantes del *Silencio* estallaron en vítores y gritos de alegría dirigidos a su capitán. Pronto estuvieron todos junto a él, puesto que las chimeneas de granito estaban conectadas entre sí y se comunicaban con la arena por unas escaleras naturales, tan bien talladas que incluso Lirond podía subir por ellas sin dificultad. Andrio todavía estaba débil y se sentía un poco mareado, pero se alegró mucho de ver que todos estaban bien, ya que incluso Shilenya no estaba lejos de allí y le transmitía su alegría a través de los labios de Nanaël, su esposo.

Allí estaban, después de todo: los ocho tripulantes de un galeón que había partido hacia nadie sabía dónde y que finalmente habían conseguido llegar al Oeste, a un territorio que parecía enorme y en el que según los primeros indicios no había ni rastro de humanos, pero que no por eso dejaba de parecer acogedor. Desde luego, aquella era la primera cuestión que tratar, y a pesar de su falta de fuerzas, el capitán quiso dejarla bien clara lo más pronto posible.

— Bueno, parece que este es un lugar perfecto para establecerse... pero la cuestión está en si queréis hacerlo.

— ¿Tenemos acaso otra opción? — Hemnings mostró una mueca de ironía —. No es lo que yo me esperaba, tengo que reconocerlo, pero tampoco está tan mal.

— Habrá que trabajar duro — apuntó el joven Yordan, arremangándose con convicción.

— Eso no es ningún problema para nosotros, muchacho — le contestó Aylea, que había aprovechado muy bien el tiempo que llevaban allí—. No faltan manos fuertes, y estoy bien segura de que nuestro capitán sabrá cómo podemos arreglárnoslas.

— Desde luego, el lugar es tan bueno como cualquier otro. Aquí podríamos vivir sin problemas... aunque también podemos intentar explorar tierra adentro, si es que no estamos en una isla.

— No, no es una isla — Zaleha le tendió más agua—. Desde lo alto de estos acantilados se ve una infinita extensión de árboles, pero también lejanas montañas. Y además, mi instinto de gato me dice que estamos en *Naryeniil*, esas Tierras del Oeste que estábamos buscando. Pero de todas formas, yo de vosotros no me asentaría lejos de la playa ni me alejaría mucho de ella, a no ser que fuese estrictamente necesario.

— ¿Por qué? ¿Temes que haya fieras salvajes, o cosas más peligrosas?

— Lo que hay ahí fuera no es un bosque cualquiera, Andrio. Es la manigua.

— ¿La manigua? ¿Y qué se supone que es eso, un bosque de árboles que hablan?

— Todos los árboles hablan, Hemnings, y ellos no tienen la culpa de que no les escuches — Ella se puso seria, mientras el humano la miraba con una mueca de burla—. Nunca había visto la manigua, pero tengo recuerdos muy intensos de ella, tal vez de otra existencia... y sé muy bien que es un lugar especial, un lugar especial y poderoso. Tanto que, si de verdad pensáis en estableceros aquí, lo primero que deberíais hacer es pedirle permiso, y por supuesto, comprometeros a respetarla, además de aprender de ella.

— ¡Por todos los demonios! ¿Se puede saber de qué estás hablando ahora, muchacha? ¡Maldita sea, solo son unos cuantos árboles llenos de animales y de frutos, y no hay más misterio que el de ir a recogerlos! ¡Bastante duro va a ser ya vivir aquí, como para encima de eso tener que andarnos con tantos miramientos!

Zaleha ya sabía que Hemnings no era un mal tipo. Después de todo, había tenido dos largas lunas para comprobarlo, y aunque al principio no estaba muy convencida, pronto había descubierto que aquel humano era valiente y decidido... pero también

un completo ignorante de las cosas más sencillas, que además no hacía ningún esfuerzo por ocultarlo. Por eso, contuvo sus ganas de abofetearle y se limitó a mirarle con su sonrisa más socarrona.

—Humano idiota... Eres el ejemplo perfecto de tu especie: solo te preocupa llegar y coger lo que consideras que es tuyo simplemente porque tú crees que lo han puesto ahí para ti. Eres igual que los tragos, arrasando con todo lo que encuentras a tu paso y robándole a la tierra lo que es suyo y solo suyo: arrancas, cortas, quemas, sin pararte a pensar en nada más que en ti mismo. ¿Para eso has decidido marcharte de Tempélinon, Hemnings? ¿Para hacer exactamente lo mismo que hacías allí, y cometer los mismos errores y hacer las mismas estupideces que los que se han quedado? Adelante, humano, hazlo: adéntrate en la manigua, aprovéchate de ella todo lo que quieras... y cuando los árboles te caigan encima o te aplasten entre sus raíces, entonces tal vez quieras hablar con ellos, y quizá incluso te respondan.

El humano la miró con una sonrisa que quería ser irónica, pero al mismo tiempo era una sonrisa que delataba cierta intranquilidad. Hemnings era granjero, y toda su familia estaba acostumbrada a coger del bosque todo aquello que necesitaba sin pararse siquiera a pensar si era necesario darle las gracias a alguien por ello... pero también conocía la tierra, y sabía de sobra cómo había que tratarla para que respondiese dando abundantes cosechas y no agotándose al cabo de unos pocos veranos, así que finalmente no contestó, y se limitó a mirar hacia otro lado.

—No te preocupes, Zaleha. Has sido tú la que ha conseguido traernos hasta este lugar, y yo creo que eres la más indicada para enseñarnos lo que debemos hacer, en caso de que decidamos quedarnos aquí.

—Gracias, capitán.

—Bueno, pues parece que está decidido. ¿Alguien quiere añadir algo más?

—Yo, capitán. —La voz de Nanaël sorprendió a más de uno, porque él casi nunca decía nada—. Yo quiero quedarme, pero, además, no puedo hacer otra cosa. Shilenya ya ha tenido demasiado movimiento, así que si decidís marcharos, nosotros no os acompañaremos.

—Y nosotros no os dejaríamos solos de ninguna de las maneras, Nanaël. Pero de todas formas, me parece que nadie quiere marcharse.

—No tendría mucho sentido, desde luego —añadió Alemnon—. Queríamos salir de Tempélinon para estar a salvo y comenzar una nueva vida, y hemos llegado a un lugar magnífico. No sabemos si hay más humanos en estas tierras, es cierto, pero tampoco creo que encontrásemos un lugar mejor que este, al menos de momento. Así que yo propongo que nos quedemos aquí, si Zaleha nos da permiso.

—No, Alemnon, no te equivoques. No seré yo quien os dé permiso o no, porque yo no tengo autoridad alguna, y ni siquiera os estoy diciendo que debáis hacer lo que os digo. Solo os estoy dando unos cuantos consejos, y si los aceptáis, y así lo queréis, puedo preguntárselo a la manigua, si os parece bien.

—Ya hemos dejado claro que confiamos en ti y en tus decisiones, Zaleha. —Andrio sacudió la cabeza en su dirección—. Así pues, quien desee quedarse que levante la mano.

Él mismo ya había levantado la suya y Alemnon le secundó sin dudar, lo mismo que Aylea y Nanaël, que daba a entender que Shilenya también estaba de acuerdo a pesar de que no estuviese allí. Yordan tampoco tardó en decidirse, y Hemnings se encogió de hombros con aparente indiferencia pero también alzó el brazo, e incluso el pequeño Sol, que no hablaba nunca, levantó también el suyo. Todos miraron entonces a Zaleha, pero ella se limitó a sacudir la cabeza.

—Es vuestra decisión, no la mía. Prometo ayudaros en todo lo que pueda, pero no voy a quedarme a vivir aquí, porque yo no necesito establecerme en ningún lugar.

Lirond relinchó con fuerza, mirando directamente a los ojos de Zaleha, pero nadie se sorprendió, ya que todos tenían claro que el caballo iría adonde fuese ella. Aunque de todos modos, la decisión estaba tomada, y a juzgar por los firmes gestos de todos, parecía irrevocable.

—Entonces, al trabajo. —Andrio hizo un ademán de moverse, pero Alemnon le sujetó por los hombros.

—Calma, amor. Tú todavía tienes que descansar, así que el trabajo lo haremos nosotros.

— Está bien. — El capitán suspiró con desgana, mientras dejaba que le ayudasen a acostarse otra vez —. ¿Habéis descargado todo lo que había en el *Silencio*?

— Estamos en ello desde hace dos jornadas, pero aún no hemos acabado.

— ¿Dónde están los mástiles?

— ¿Los mástiles? Pues... El palo mayor está junto al barco, pero está roto. La mesana todavía sigue en su sitio, pero las antenas...

— Hay una entre los escollos, creo que es la del trinquete — Hemnings carraspeó para hacerse notar —. Pero no creo que sirva de mucho, tal como está.

— Necesitamos lo que quede de la arboladura, con todo el aparejo. Y tenemos que desmontar todos y cada uno de los restos del barco. En la bodega hay buenas y valiosas vigas que servirán para levantar una casa.

— Las traeremos.

— No descuidéis ni un solo clavo, porque cualquier cosa puede servirnos aquí. Id trayendo todo lo que podáis cargar, y yo os ayudaré a desmontar el resto cuando me recupere.

— Pero las tablas del casco están embreadas y calafateadas.

— Las limpiaremos.

— ¿Y las velas? — Aylea volvió a remangarse los restos de su vestido.

— Traedlas también. Lo aprovecharemos todo.

De ese modo, con renovada satisfacción después de ver a su capitán tan dispuesto para el trabajo, y con ganas de convertirse en colonos en lugar de náufragos, los tripulantes del *Silencio* emplearon el resto de las horas de luz en recuperar todo aquello que pudieron del barco antes de que el islote desapareciese con la marea.

Liberar de entre las rocas el palo mayor les costó mucho más de lo que habían pensado, pero gracias a la ayuda de Lirond pudieron arrastrarlo hasta la playa. Había sido arrancado de cuajo por su base, pero ciertamente sería una inmejorable viga maestra para la construcción de una casa... aunque a lo que debieron renunciar fue a la antena del trinquete, porque la falta de puntos de apoyo hizo imposible su rescate. Sin embargo, pudieron recuperar casi todo el aparejo, al que apenas habían prestado atención

antes de las palabras de Andrio, y pronto hubo en las cuevas de granito una gran cantidad de sogas y cabos en bastante buen estado que los hábiles dedos del pequeño Sol se encargaron de desenrollar y ordenar convenientemente en distintos montones. Y de esa misma manera, apareció también una buena provisión de clavos y cabillas, poleas y vigotas, espeques y cornamusas, todo lo cual se fue amontonando también en distintos espacios dentro de aquellas amplias estancias.

Y finalmente, cuando las luces del atardecer se fueron apagando y la noche cayó sobre la playa, todos fueron a reunirse en las chimeneas en torno a una buena fogata en la que se asaba un buen grupo de pájaros parecidos a las perdices que había cazado Zaleha. Ella era la única que había ido a cazar a los árboles, y aún no dejaba que nadie más lo hiciera, porque todavía no las tenía todas consigo. Hasta ese momento, todos y cada uno de los animales que había capturado con sus manos le habían entregado su energía, porque de alguna manera sabían que ella les estaba cazando con respeto, lo mismo que la selva...

Pero en ese momento, después de todas las decisiones que habían tomado y de los trabajos que habían hecho, ya era tiempo de preguntarle a la propia manigua qué era lo que opinaba ella de todo aquel asunto, así que con discreción, se apartó del círculo de luz hasta quedarse a oscuras, y se despojó de toda su ropa y adornos en uno de los salientes de la cueva. Y solo cuando estuvo totalmente desnuda, volvió a acercarse al fuego, por lo que no pudieron evitar mirarla.

— Me voy a la manigua. No sé qué es lo que pensáis vosotros al respecto, pero por mi parte, tengo que preguntarle qué le parece todo esto.

— Entonces, preséntale nuestros respetos. — La voz de Andrio sonó sin ninguna segunda intención, dando a entender que respetaba plenamente las creencias de ella, y también su forma de ver el mundo —. Dile que nos fuimos de Tempélinon porque no nos gustaba, y dile que nos gusta mucho esto. Y dile también que nos gustaría mucho quedarnos aquí, si a ella no le molesta.

— Le transmitiré tus palabras, capitán. — Le dedicó al humano una sonrisa sincera y complacida —. Estoy bien segura de que

le gustarán. Ahora, no os preocupéis por mí. Tú tampoco, Li-rond. Volveré cuando tenga una respuesta.

Y haciendo un sencillo ademán de despedida, se perdió en la oscuridad.

La cálida noche la recibió como un abrazo. El verano todavía estaba en el aire incluso en aquel lugar tan alejado del que conocían, y su instinto de gato le indicaba que habían llegado bastante más al sur de lo que pensaban, por lo que probablemente el invierno todavía tardaría en aparecer, además de que seguramente no serían demasiado crudos allí. Aun estando completamente desnuda sentía bastante calor, y lo sintió todavía más cuando se internó bajo los árboles siguiendo la dirección que le marcaba su instinto. Parecía que toda aquella selva estuviese respirando con un aliento cálido y sofocante, que al mismo tiempo tenía un efecto embriagador, porque durante la noche, los sonidos de la manigua cambiaban de intensidad hasta convertirse algunas veces en un silencio espeso, como si todo el mundo estuviese perdiendo su realidad...

Caminaba sin hacer ningún ruido, y a pesar de que conservaba su cuerpo humano y los ojos abiertos, sentía que estaba entrando en una especie de trance, en algún espacio sagrado que se encontraba más allá de todas las realidades que ella conocía, incluso del mismo Ensueño. Saltó por encima de troncos caídos, vadeó una corriente de agua deslizándose entre resbaladizas rocas, escuchó rumores de lejanas y poderosas cascadas, y atisbó entre las hojas misteriosas luces que no la inquietaban... y solo se detuvo al llegar a un espacio despejado por completo. Encontrar un claro sin árboles entre aquella vegetación, donde la luz de la Luna no solo se veía claramente sino que además la bañaba por completo, era tan extraño que no pudo evitar pensar que había encontrado su destino, y por eso, con mucha tranquilidad, fue caminando hasta una gran roca que se erguía en el mismo centro del claro, observando de nuevo las estrellas que brillaban con fuerza sobre su cabeza. Cuando estuvo junto a ella, trepó sin dificultad hasta la superficie plana de la cima, y allí se sentó con las piernas cruzadas y las manos extendidas sobre las rodillas. Y entonces, cerró los ojos.

Al principio no podía ver nada, ya que la energía que había a su alrededor era únicamente un inmenso resplandor de color verde oscuro, y ella la sentía en la parte de atrás de sus ojos con cegadora claridad, una verdadera fuente de poder que era sin duda demasiado potente para ella... pero a pesar de todo, se resistió a convertirse en pantera. Recordó las lecciones del mago y también su experiencia en las *Alayakanyir*, y poco a poco, fue controlando su respiración y relajando su mente, hasta que el resplandor se fue aclarando, y las plantas y los animales comenzaron a definirse cada vez más.

Se dio cuenta de que la piedra sobre la que estaba sentada exhalaba una energía de cientos de miles de lunas, y en ella permanecían las huellas de infinidad de criaturas. Fue así como Zaleha supo que aquella roca había respirado por última vez antes de que los primeros humanos abriesen los ojos sobre la Tierra Incontable, y que aún tardaría toda una eternidad en volver a hacerlo. Zaleha le ofreció una sonrisa, y la sonrisa le fue devuelta.

El intenso color esmeralda era el fruto que ofrecía el infinito mundo vegetal. Los árboles eran los absolutos dueños de aquel lugar de la Tierra Incontable, y su energía se perdía en la inmensidad igual que si fuesen un océano imposible de abarcar y que ella tampoco se preocupó de medir. Además del mar por el que ellos habían llegado, solamente fue capaz de sentir muy a lo lejos el resplandor grisáceo de aquellas grandes montañas que sus finos ojos habían atisbado desde lo alto de los acantilados...

Pero eso no era todo. Descubrió también que toda la manigua latía como si fuese un inmenso corazón, con un latido lento pero regular, y que dentro de ese latido resonaban todos los demás latidos de los seres que allí habitaban, cuyos resplandores eran pálidos reflejos de múltiples colores que en su mayor parte ondulaban bajo los efectos del sueño. Insectos, pájaros, reptiles, mamíferos... todos respirando con la manigua al mismo tiempo, y toda esa energía se perdía en las entrañas de la tierra o se dispersaba por el cielo en dirección a las estrellas. Y Zaleha era consciente de aquella inmensidad, y sabía que estaba mirando a la misma Existencia... y a pesar de lo minúscula que se sentía, no dejaba de sonreír.

Fue en ese momento cuando se dio cuenta de que había algo justo frente a ella, en la misma roca: una energía de color blanco que había llegado hasta allí deslizándose sobre el suelo como un largo hilo. Sin perder la sonrisa, la muchacha abrió los ojos y se encontró frente a frente con una interminable anaconda, que estaba extrañamente erguida para mantener sus ojos al mismo nivel que los de ella y que la contemplaba con tranquilidad, metiendo y sacando su lengua bífida por entre los labios. Era indudablemente hermosa, con sus escamas multicolores reflejando la blanca luz de la Luna, mientras sus amarillos ojos de oscura pupila vertical escrutaban a la recién llegada sin ningún gesto de sorpresa. Sin duda, aquel animal sabía quién era Zaleha y también a lo que había venido, y al mismo tiempo, también para Zaleha era evidente que aquel animal no era una serpiente cualquiera, sino que más bien era la forma que la manigua había escogido para comunicarse con ella más fácilmente.

Permanecieron un largo rato mirándose a los ojos, escrutándose, observándose mutuamente con toda tranquilidad, con curiosidad pero sin desconfianza. Las dos se conocían y sabían lo que eran cada una de ellas... y por eso no necesitaron pronunciar palabra alguna para mantener un diálogo verdaderamente vivo.